

abriga aversion contra estas instituciones; pero sus últimos excesos le obligan á pesar suyo á mudar de conducta: en consecuencia, tomará á injuria cualquier palabra, cualquier paso que tendiese á prescribirle una época cualquiera para la convocacion de nuevos parlamentos.»

Cárlos cumplió su palabra, y ya no pensó mas que en gobernar solo.

LIBRO SEGUNDO.

Intenciones del rey y del consejo.—Persecucion contra las notabilidades del parlamento.—Apatía aparente de la nacion.—Lucha de los ministros y de la corte.—La reina.—Strafford.—Laud.—Incoherencia y descrédito del gobierno.—Tiranía civil y religiosa.—Sus efectos en las distintas clases de la nacion.—Causa de Prynne, de Burton y de Bastwick.—De Hampden.—Sublevacion de Escocia.—Primera guerra con los escoceses.—Paz de Berwick.—Breve parlamento de 1640.—Segunda guerra con los escoceses.—Mal resultado.—Convocacion del parlamento llamado el Largo.

(1629. - 1640.)

Nada mas peligroso que tomar por via de ensayo un sistema de gobierno, creyendo que podrá cambiarse cuando convenga: Cárlos habia cometido esta falta. Habia probado á gobernar de acuerdo con el parlamento, pero persuadido y aferrado en deshacerse de él si se le mostraba indócil. Entró despues en la carrera del despotismo con la misma ligereza, proclamando su intencion de seguirla, pero opinando que si la necesidad le obligaba á ello, siempre estaria á tiempo de recurrir al parlamento.

Asi opinaban sus mas hábiles consejeros. Ni él, ni ellos concibieron entonces el designio de abolir para siempre las antiguas leyes de Inglaterra, su gran consejo nacional. Mas faltos de prevision que dotados de audacia, mas insolentes que malvados, sus palabras y aun sus actos sobrepujaban la esfera de sus ideas. El rey, decian, se ha mostrado justo y bueno para con el pueblo; bastante ha prometido y concedido. Nada les bastaba á los representantes del pueblo, antes por el contrario exigian que el rey se pusiera bajo su tutela, lo cual es imposible sin despojarle

de la majestad. Cuando el príncipe y el parlamento no podían ponerse de acuerdo, á este le tocaba ceder, porque solo aquel era soberano. Si titubeaba en hacerlo, preciso era pasarse sin él; la necesidad de obrar así era evidente; tarde ó temprano la comprendería el pueblo, y entonces, mas avisado el parlamento, sería muy posible que el rey lo llamase de nuevo.

Menos previsores los cortesanos no vieron en la disolución del parlamento sino un medio para poder obrar con mas soltura. En presencia de la cámara baja vivían desasosegados los cortesanos: ninguno osaba aumentar descaradamente su fortuna ni gozar con orgullo de su crédito. Los embarazos del poder desbarataban las intrigas y anulaban los regocijos de Whitehall. El rey gastaba mal humor, y la reina temblaba. Disuelto el parlamento desaparecieron estas trabas y zozobras; tornó á brillar como en otros tiempos la nobleza frívola y los ambiciosos se hallaron en su elemento. No pedía otra cosa la corte, y poco se le daba que para lograrlo se mudase el gobierno del país.

No lo juzgó así el pueblo: la disolución fue á su ver un síntoma seguro de profundos designios y de la resolución por parte del monarca de destruir los parlamentos. No bien se hubieron separado los diputados de la cámara baja, cuando en Hamptoncourt, en Whitehall, y doquier donde se reunía la corte, así los papistas secretos como los declarados, los predicadores y los esclavos del absolutismo, los intrigantes y los hombres corrompidos, se felicitaban mutuamente por su triunfo: mientras que en las principales cárceles de Londres y de los condados, los defensores de los derechos públicos, tratados á la vez con rigor y desprecio, eran detenidos y acusados por lo que habían dicho ó practicado en el santuario inviolable del parlamento (1). Reclamaban sus privilegios y su libertad bajo caución; mas los jueces titubeaban en responder, y al fin como esclavos del poder, desoían las reclamaciones de los presos. No les abandonó á estos el valor en tal apuro; la mayor parte rehusaron confesarse culpables y pagar la multa á que se les había condenado: prefirieron permanecer presos, y Elliot se resignó á vivir en encierro perpétuo.

Mientras duró la causa, iba aumentándose la indignación pública, sin tener ya recelo de manifestarse. Veíase en la detención de los diputados una especie de prolongación del parlamento, que vencido y disperso se-

(1) Los miembros de la cámara encarcelados eran: Hollis, Miles Hobart, Elliot, Hayman, Selden, Coriton, Long, Strede y Valentine.

guía luchando todavía, ante los jueces del país, por órgano de sus jefes. La firmeza de los acusados daba pábulo al ardor popular; al verlos pasar incesantemente de la torre á Westminster y al contrario, los acompañaba el público con votos y aclamaciones. La ansiedad misma de los jueces contribuía á sostener la esperanza. Todo está perdido, se decía, y sin embargo se continuaba esperando y temiendo, como en medio de un combate.

Mas dieron fin estos procedimientos. Aterrados ó seducidos, pagaron algunos acusados la multa, y condenados á residir á diez millas cuando menos de la mansión real, pasaron á ocultar su flaqueza en sus condados. La noble perseverancia de los demás fue sepultada en profundos calabozos. El pueblo, que ya no veía ni oía nada, calló también á su vez. No encontrando ya obstáculos el poder se creyó dueño del país del que acababa de divorciarse. Carlos se apresuró á firmar la paz con Francia y con España, y se vió por fin libre de enemigos exteriores é interiores (1).

Poco despues fue muy fácil gobernar. Los ciudadanos se ocuparon únicamente de sus intereses; ningún gran debate, ninguna viva emoción agitaba á los gentile-hombres en sus reuniones del condado, á los ciudadanos en sus asambleas municipales, á los marineros en sus puertos, ni á los trabajadores en sus talleres. No por esto se debilitaba la nación en la apatía; su actividad había tomado otro sendero, y hubiera podido decirse que olvidaba con el trabajo la pérdida de su libertad. Mas activo que ardoroso, no la inquietaba Carlos en su nuevo Estado, no meditaba vastos designios, ni tenía necesidad de una gloria enérgica y osada: le bastaba gozar majestuosamente de su poder y de su rango. La paz le dispensaba de exigir del pueblo penosos sacrificios, y este se entregaba á la agricultura, al comercio y al estudio, sin que una tiranía ambiciosa y agitada embarazase sus esfuerzos ni comprometiese sus intereses. De este modo se desarrollaba rápidamente la prosperidad pública, reinaba el orden entre los ciudadanos; y este estado floreciente daba al poder visos de sabiduría, y al país apariencia de resignación.

Solo cerca del trono y entre sus servidores surgieron nuevas dificultades para el gobierno. No bien apareció calmada la lucha del poder y del pueblo, aparecieron dos partidos disputándose la preferencia: la reina y los ministros, la corte y el consejo.

(1) 5 de noviembre de 1630.

Apenas hubo llegado la reina á Inglaterra, cuando manifestó sin rebozo el tedio que le inspiraba su nueva patria. Religión, instituciones, costumbres y lenguaje, todo la disgustaba; poco después de su consorcio trataba á su marido con una pueril insolencia, y Carlos, en una esplosion de mal humor, envió cierto dia al continente algunos de los sirvientes que la habia acompañado. Solo el placer de reinar la podia consolar, y se consagró á él en cuanto no tuvo ya que temer al parlamento. Dotada de un espíritu agradable y vivo, no tardó en adquirir sobre el jóven y morigerado monarca un ascendiente que él aceptó con una especie de reconocimiento, viendo que se creia feliz á su lado. Pero la felicidad de la vida doméstica, tan cara al alma meditabunda de Carlos, no bastaba al carácter ligero, inquieto y áspero de Enriqueta María: necesitaba un imperio firme y acatado, el honor de saberlo y arreglarlo todo, el poder en fin tal cual quiere ejercerlo una mujer caprichosa. Reuníanse alrededor de ella de una parte los papistas, y de otra los ambiciosos frívolos, los intrigantes, los jóvenes cortesanos que habian ido á París para aprender el secreto de complacerla. Unos y otros hacian profesion de fundar en ella sus esperanzas, estos su fortuna, y aquellos su triunfo, ó por lo menos el de su creencia. En su palacio conferenciaban los católicos y los emisarios de Roma sobre sus mas secretas esperanzas, en tanto que sus favoritos hacian brillar las ideas, las costumbres las modas de las córtes del continente. Todo eran ofensas para la creencia y las costumbres del país; cada dia se pensaba en proyectos y pretensiones que solo podian satisfacer por medios ilegales y abusos de favor. Asociábase la reina á estas intrigas, prometia hacerlas fructuosas, lo exigia del rey, y queria que para honrarla (era su lenguaje) á los ojos del pueblo, la consultase en todos los asuntos y no practicase nada sin su consentimiento. Si se negaba el príncipe, exclamaba transportada que no sabia amarla ni reinar, y Carlos ya no pensaba mas que en disipar su tristeza ó su encono, creyéndose dichoso en verla tan desvelada por su poder ó por su cariño.

Los mas serviles consejeros hubieran tenido á mengua no resistir á tal capricho. Dos tenia Carlos que no estaban faltos de luces ni de independencia, y que si bien eran adictos á su poder querian no obstante desoir los antojos femeniles y las pretensiones de los cortesanos.

Strafford, abandonando su partido por el del rey, no tuvo que sacrificar principios muy arraigados, ni hacer cobarde traicion á su conciencia. Ambicioso y ardiente, habia sido patriota por odio á Buckingham, por deseo de gloria, y para desarrollar con esplendor su talento

y energia, mas que por conviccion virtuosa y profunda. Ser algo, dominar y elevarse; no era otro su objeto, ó mas bien su necesidad. Apenas hubo entrado al servicio de la corona, se aferró con su poder como lo habia hecho antes con las libertades del país, pero sabia y arduosamente como ministro hábil y enérgico, y no como cortesano frívolo y obsequioso. Sobrado entendido para meterse en intrigas domésticas, sobrado orgulloso para doblarse á exigencias palaciegas, se dedicaba con ardor á los negocios, despreciando rivalidades y resistencias, ansioso por estender y consolidar el poder real, pero dispuesto á restablecer el orden, á reprimir abusos, á domar los intereses particulares que juzgaba ilegítimos, y declararse por los generales que no le inspiraban recelo. Déspota fogoso, amante enardecido de su patria, de su prosperidad y de su gloria, comprendia perfectamente las condiciones y medios por los que se entroniza el absolutismo. Una administracion arbitraria, pero fuerte, consecuente, laboriosa, desdeñosa de los derechos del pueblo, pero ocupada en su bienestar, estraña á los abusos y desarreglos inútiles, dueña á la vez de los grandes como de los pequeños, y de la córte como de la nacion: he aquí sus deseos, el carácter de su conducta, y el que se esforzaba á dar al gobierno real.

El arzobispo Laud, su amigo, con pasiones menos mundanas y un ardor mas desinteresado, daba los mismos consejos. Severo de costumbres y sencillo en género de vida, era fanático por el poder, ya para ejercerlo, ya para atacarlo. Mandar y castigar era para él establecer el orden y ser justo. Su actividad era infatigable, pero violenta, mezquina y áspera; incapaz de hermanar intereses y respetar derechos, perseguia tenazmente las libertades y los abusos, oponiendo á los unos una prohibidad rigida, á los otros una ciega animosidad; colérico con los ciudadanos y con los palaciegos, despreciador de amistades, falto de prevision y amigo de sumisiones, creia que el poder es omnipotente en manos puras, y se aferraba en sus propósitos y deberes.

En su situacion le convenian en extremo á Carlos tales consejeros. Solo anhelaban servirle, y sin tener la pesada insolencia de los favoritos eran constantes, osados, laboriosos y adictos. Apenas se confió á Strafford el gobierno de Irlanda, cuando este reino, que hasta entonces habia sido un gravámen para la corona, se convirtió en manantial de fuerzas y riqueza. Se satisfacieron las deudas públicas; las rentas, percibidas antes desarregladamente y dilapidadas sin pudor, se administraron con regularidad y sobrepujaron pronto los gastos; los grandes cesaron

de vejar impunemente al pueblo, y ya no pugnaron con descaro las facciones aristócratas ó religiosas. El ejército que Strafford habia encontrado débil, desnudo é indisciplinado, se mejoró como por encanto, y cesó de robar á sus habitantes. A favor del orden prosperó el comercio, se establecieron fábricas, y progresó la agricultura. La Irlanda en fin fue gobernada despótica y violentamente, pero en bien de la civilizacion y del poder, cesando de ser presa de la sed de oro de los empleados del fisco, y del dominio de una aristocracia ignorante y egoista.

Menos fuerte Laud en Inglaterra por falta de concentracion que Strafford en Irlanda, y menos hábil por otra parte, no por esto dejó de observar una conducta análoga. Como encargado de la tesorería no solo reprimió las dilapidaciones, sino que se aplicó á conocer en ella los ramos de la hacienda, y buscar los medios conque facilitar á los súbditos el pago de subsidios. Odiosas trabas y graves abusos se habian introducido en el régimen de las aduanas para provecho particular: Laud acogió las reclamaciones de los comerciantes, empleó sus ratos ociosos en oírlos, se ilustró acerca de los intereses comerciales, y desarraigó todo vejámen que nada producía al tesoro. Posteriormente, se confirió á su instancia el cargo de gran tesorero á Juxon, obispo de Lóndres, hombre, laborioso, moderado, y destructor de los desarreglos tan fatales á la corona como á los ciudadanos. Para servir al rey y á la iglesia creía Laud poder oprimir al pueblo, y dar los mas inicuos consejos; mas cuando no se trataba de aquellos objetos, inquiría la justicia y la defendía sin temor ni consideraciones.

Semejante gobierno justo y laborioso pero arbitrario, tiránico por necesidad y enemigo de responsabilidades era poco para el país y demasiado para la córte. Solo á los favoritos es dable llevar á cabo tales máximas de gobierno, porque pueden neutralizar el encono de sus enemigos con el afecto de sus partidarios: así obró Buckingham. Pero cualquiera que se proponga gobernar, ya por el despotismo, ya por las leyes, esclusivamente en bien del país y del pueblo, por fuerza debe acarrear el odio de los cortesanos. Esto le sucedió á Strafford y á Laud. Al aparecer el primero en Whitehall, causó una sonrisa irónica su elevacion súbita y no se habló ya sino de los modales algo rústicos de un noble de provincia no conocido sino por su oposicion en el parlamento. No tuvieron mejor acogida las costumbres austeras, y la pedantería de Laud. Ambos eran altivos, descuidados, poco complacientes y enemigos de intrigas: ambos aconsejaban la economía, y hablaban de negocios y

necesidades que interesan muy poco á los cortesanos. Aborreciólos la reina porque contrariaban su influencia en el ánimo del rey; la alta aristocracia se ofendió de su poder, y no tardó la córte entera en unirse al pueblo para atacarlos, clamando como él contra la tiranía.

Cárlos no los abandonó; tenia confianza en su adhesion y tino, le convenian sus máximas, y miraba la profunda piedad de Laud con un respeto mezclado de afecto. Pero, valiéndose de sus servicios no tenia firmeza para darles preponderancia sobre los cortesanos. Mesurado en sus sentimientos y vida exterior, pecaba el monarca por ligereza é inhabilidad en comprender las dificultades del absolutismo, y la necesidad de sacrificárselo todo. Eran tales en sentir suyo los derechos de la majestad, que le parecia que nada debía costarle esfuerzo. Ocupábase con atencion en el consejo sobre los negocios públicos; pero una vez llenado este deber no volvía pensar en ellos, y la necesidad de gobernar ejercía en su ánimo menos imperio que el placer de reinar. El humor de la reina, las costumbres de la córte, las prerogativas de los oficiales de palacio, le parecían importantes consideraciones que no debía olvidar por sus intereses políticos. De ahí se originaban para sus ministros, unas continuas, si bien tenues dificultades en que por último sucumbían, pues el rey creía hacer lo bastante con mantenerlos en sus sillas. Tenian encargo de ejercer el poder absoluto, y les faltaban fuerzas en cuanto reclamaban algun sacrificio doméstico, alguna medida contraria á los estilos de Whitehall. Todo el tiempo que permaneció Strafford en el gobierno de Irlanda, tuvo casi que consumirlo en esplicaciones y apologías: una vez se le acusaba de haber hablado ligeramente de la reina; otra vez tenia que contestar á las quejas de algun magnate que se querellaba de su altivez; debía justificar sus palabras, sus modales y su carácter; desde Dublin le era forzoso acudir á desvanecer los rumores del palacio de Lóndres y nunca obtenía una aprobacion que le asegurase del todo, ni pusiera en estado de desarrollar sin temor su autoridad.

De este modo á pesar de la energía y celo de los consejeros, de la tranquilidad pública, y de la dignidad del monarca, el gobierno carecía de vigor y de prestigio. Víctima de disensiones interiores, dominado á la vez por influencias contrarias, ya sacudiendo el yugo de las leyes, ya cediendo á débiles manejos, no seguía ningun plan, y olvidaba á cada momento sus propios designios. Había abandonado en Europa la causa del protestantismo, y aun prohibido al lord Soudamore, su embajador en París, asistir al Oficio Divino entre los reformistas, encon-

trandolo poco conforme con los ritos de la iglesia anglicana. Permitía no obstante el marqués de Hamilton levantar en Escocia un cuerpo de seis mil hombres para combatir á su cabeza bajo las banderas de Gustavo Adolfo, sin prever que volverían poseídos de los sentimientos y creencia de los mismos puritanos proscritos por aquella iglesia. La fe de Carlos para con la religion reformada, obra de Enrique VIII é Isabel, era sincera, y con todo, bien fuese por ternura, á su esposa, bien por espíritu de moderacion y de justicia, ó por instinto de absolutismo, concedía con frecuencia á los católicos, no solo una libertad entonces ilegal, sino un favor casi decidido. El arzobispo Laud, tan sincero como su dueño, escribía contra la corte de Roma, predicaba contra el culto de la capilla de la reina y al propio tiempo se demostraba tan favorable al sistema de la iglesia romana, que el papa le hizo ofrecer el capelo (agosto 1633). Igual incertidumbre é inconsecuencia se echaba de ver en los negocios civiles. No se reconocía ningun designio firme, ningun impulso poderoso. Brillaba con fausto el despotismo, y dominaba á veces con rigor; pero para cimentarlo era preciso mayor esfuerzo y perseverancia: ni siquiera pensaron en semejante cosa, y así puede decirse que no hubo proporcion entre sus medios y sus aspiraciones. El tesoro era administrado con orden y probidad; el monarca no podía ser tachado de pródigo: y á pesar de eso los embarazos pecuniarios eran los mismos que si hubiese habido prodigalidad y dilapidaciones: del mismo modo que Carlos habia rehusado con altivez ceder al parlamento para obtener subsidios, así tambien hubiera tenido á mengua reducir sus gastos al nivel de sus rentas (1). El esplendor del trono, los regocijos, las antiguas costumbres de la corona, eran á su vez condiciones, derechos, y casi deberes de la monarquía: frecuentemente ignoraba los abusos, y otras veces sabiéndolos no tenia valor para reformarlos. Así fue que, aunque por la paz se vió libre de todo gasto extraordinario, no pudo cubrir las necesidades de su gobierno. Prosperaba el comercio ingles, la marina mercante, cada dia mas numerosa y activa, solicitaba la proteccion de la armada. Prometía Carlos con confianza, y aun hacia de tiempo en tiempo algun esfuerzo solemne para cumplir su palabra; pero comunmente faltaban escoltas para los convoyes, aparejos para los buques, y sueldo para los marinos. Los piratas berberiscos pasaban al canal de la Mancha y hasta el de San Jorge, infestando las cos-

(1) Los gastos de la casa real se habian aumentado hasta 80,000 libras esterlinas.

tas de la Gran Bretaña: desembarcaban, saqueaban las aldeas, y se llevaban millares de cautivos. El capitán Rainsborough, encargado de pasar á la costa de Marruecos á destruir una de sus guaridas, encontró trescientos setenta esclavos ingleses é irlandeses, y era tal la impotencia é imprevision de la administracion, que Strafford se vió obligado á armar á su costa un buque para defender el puerto mismo de Dublin.

Tantos peligros y torpeza no se escapaban á la penetracion de los hombres instruidos. Los ministros extranjeros residentes en Lóndres lo participaban á sus soberanos; y pronto, á pesar de la conocida prosperidad inglesa, se divulgó por Europa que el gobierno de Carlos era débil, imprudente y poco seguro. En París, en Madrid y en la Haya, fueron mas de una vez tratados con desden sus embajadores (1). Strafford, Laud, y otros consejeros sabian el mal, y buscaban algun remedio. El primero sobre todo, mas atrevido por mas hábil, luchaba con ardor contra los obstáculos: le inspiraba inquietudes el porvenir, y hubiera querido que el rey, gobernando con entereza y prevision, se hubiera asegurado una renta fija, arsenales bien provistos, plazas fuertes y un ejército. No habia titubeado en convocar por sí el parlamento de Irlanda (1634), y bien fuese por el terror que inspiraba, ó bien á causa de los servicios que habia prestado al país, lo habia convertido en dócil y muy útil instrumento de su poder. Pero Carlos le prohibió convocarlo de nuevo, puesto que así él como la reina temblaban al solo nombre de parlamento; y el temor de su soberano no permitió á Strafford dar á la tiranía apariencias de legalidad. Insistió, pero sin fruto, y se sometió al fin. Su energia servia á la flaqueza, y su prevision á la ceguedad. Alguno de los mismos consejeros que opinaban como él, mas egoistas ó mas convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, se retiraban en cuanto veian oposicion, dejándolo solo con Laud espuesto á las intrigas y á los odios de la corte.

Tan fria é inhábil tiranía requiere cada dia un nuevo esfuerzo de despotismo. El de Carlos fue, sino el mas cruel, el mas inicuo que hubiese sufrido jamás la Inglaterra. Sin que le escusase ninguna necesidad pública, sin deslumbrar los ánimos con alguna ventaja colosal, solo para

(1) Cuando Edmonds pasó á Francia en 1629, para concluir el tratado de paz, el gentil-hombre enviado á su encuentro le dijo con sarcasmo: «No se admire V. E. de verme con tampoco séquito de gentil-hombres para acompañarle: ¡murieron tantos en la isla de Ré!...» Amarga ironía, alusiva al sangriento descalabro de los ingleses mandados por Buckingham.